



Geogenesía

ó el

Nacimiento de Jesús

Poema en ocho cantos

...POR EL...

Profr. Enrique Villaseñor

MEXICO

TALLERES J. DE ELIZALDE

2a de San Lorenzo, núm. 10

1901

BT550
V5

00491



1080014867



TEOGENESIA

O EL

Nacimiento de Jesús

Teogenesia

Ó EL

Nacimiento de Jesús



POEMA EN OCHO CANTOS

POR EL

PBRO. ENRIQUE VILLASEÑOR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

Con aprobación eclesiástica



MEXICO
TALLERES "J. DE ELIZALDE"
2a de San Lorenzo, 10
1901

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

42081

BT 550

V5

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PBRO. ENRIQUE VILLASEÑOR.



PREFACIO DEL AUTOR

Después de algunos debates en las cámaras, ó más bien, celdillas de mi cerebro, sobre si debería ó no, mandar por delante un breve prólogo, al exhibir al público esta mi pequeña y primera producción original, y después de haber varias veces optado por la negativa; me resolví, finalmente, á seguir esa especie de moda, ó casi manía de la época, de nunca soltar una prenda en manos de los lectores sin hacer previamente su respectiva presentación ante el mundo literario, por medio de esa etiqueta ó ceremonia llamada *prólogo*, *prefacio* ó *prolegómenos*, ó como se le quiera llamar. Y es de advertir que generalmente no se toma en cuenta el que un desconocido no debe presentar á otro igualmente desconocido, so pena de exponerse á oír de liso en llano lo que en un caso semejante se dijo á cierto individuo: ¿y á Vd. quién lo presenta?

Yo, en verdad, aunque hace ya cinco años publiqué mi primer trabajo literario como traductor de la obra de Diego José Abad, á la que puse por título "Cantos épicos á la Divinidad y Humanidad de Dios"; sin embargo, no creo haber todavía salido de mi nativa obscuridad y silencio de mi escondite, y por tanto, se me podrán aplicar las citadas palabras.

Pero, sea lo que fuere, me acojo á la indulgencia del no siempre indulgente público, y paso al asunto.

Con el título de *Teogenesia* doy ahora á luz este mi raquíptico poemita sobre el nacimiento de Jesucristo, foco de toda luz, de toda vida, de toda belleza, y por consiguiente de toda poesía. ¿Quién en verdad, más digno de los cantos de todas las lirás, de las rítmicas vibraciones de los pléctros angélicos y humanos, de las armoniosas notas de ese himno sempiterno que toda la creación en coro entona al Artífice Supremo? ¿Quién cómo Jesucristo ha amado ó amará jamás á los hombres con tanta ternura y suavidad, y con tal vehemencia y expansión de que sólo un Dios pudo ser capaz? ¿Quién, por consiguiente, más merecedor de las más grandiosas epopeyas que Aquel por quien la humanidad ha sido tan exaltada y encumbrada hasta sobre los mismos espíritus angélicos?

Yo, realmente, nada encuentro tan poético, tan hermoso, tan sublime, tan eminentemente ideal como Jesucristo; y, en igual modo, ninguno de los misterios de nuestra santa Religión, como la Encarnación y Nacimiento del Verbo Eterno, en los cuales se encuentra implícitamente, y como en un perfectísimo trasunto, la redención del género humano. Quisiera yo tener la inteligencia y las lenguas de los eternos bardos de la celeste Sión para cantar menos indignamente á Jesucristo, y hacer que los corazones de los hombres palpiten de amor por su más tierno amigo, por su más ardiente y excesivo amante.

Esta ha sido mi principal mira, al poner mano en éste que no merecerá ni llamarse tenue y palidísimo bosquejo de las grandezas del amor divino; producir siquiera una palpitación de amor, en los tal vez pocos lectores que espero tener de la presente, que podrá equivaler al pequeño óbolo de la viuda del Evangelio. Debido á este mi intento que me he propuesto secundar, creo haber aun traspasado los moldes y barreras de la epopeya. Y así en el primer canto me extendo algo más de lo necesario en lo relativo á la misión del Verbo eterno á un mundo criminal y delincuente; y, dilatando los horizontes de la perspectiva, y por consiguiente, del plan trazado, me su-

merjo en las amarguras y dolores de la Pasión del Redentor. A este mismo fin, he establecido en el trascurso de la obra dos grandes campos de batalla que se abren y dilatan ante los ojos del espectador. En el uno, pinto las luchas del Eterno Amor por salvar al hombre; y en el otro, al tirano y enemigo jurado de la criatura racional, el homicida del género humano, al frente de la compacta falange de los espíritus infernales, apurando toda su antigua saña y astucia por desbaratar los amorosos planes del Hijo de Dios, y hacer quimérico el apogeo y engrandecimiento de la humanidad.

Y así intencionalmente me dedico á recalcar las sombras de este grandioso cuadro de la regeneración humana para que más resalten las luces, destellos y perfiles de la colosal obra del Verbo eterno. Estoy muy lejos de pretender que esta mi humilde obrita llene las tan difíciles medidas de un poema épico. Pero vuelvo á repetir cuál ha sido en ella mi principal intento. Si lo consigo, ó no, lo dudo altamente en vista de las escasísimas dotes que me adornan para tan grandioso argumento y tan alto fin; y termino confiando el éxito de la presente á Dios, en primer término, y á la implorada benevolencia de mis lectores.

Jiquilpan, 22 de Mayo de 1901.

